

CAPITULO DÉCIMO.

Escepticismo.—Hume.

David Hume nació en Edimburgo en 1711, y aunque sus padres quisieron dedicarle al estudio de la jurisprudencia, dice él mismo en el extracto de su vida que hace en la *Historia de Inglaterra*, que cuando se le creía entregado al estudio de Voet ó de Vinnio, eran Ciceron y Virgilio los que devoraba en secreto; y así fué que, dejándose llevar de su natural inclinacion, consagró toda su vida al estudio de la filosofía, la literatura y la historia. Las obras principales de filosofía que publicó fueron un *Tratado de la naturaleza humana* y unos *Ensayos sobre el entendimiento humano*. Ambas obras son iguales en el fondo y en el espíritu general que las anima; pero difieren en el estilo, en la expresion y en el método. Hume daba la preferencia á los *Ensayos*, y le disgustaba toda cita tomada del *Tratado*. Sin embargo, los sábios prefirieron el *Tratado*, porque derrama en él, en forma mas didáctica, mayor claridad y presenta con mas franqueza y energia sus propias concepciones. Dice con sobrada modestia que su *Tratado* nació muerto desde el acto de la impresion (*it fell*

dead-born from the prees), y que no escitó ni los murmullos de los devotos; pero lo cierto es que sus obras hicieron gran ruido en el mundo filosófico, y basta ver lo que dice Kant sobre este filósofo: «Confieso francamente que fueron las obras de Hume las que me despertaron de mi sueño dogmático y dieron á mis indagaciones una direccion del todo diferente en el campo de la filosofía especulativa.» Hume falleció en 1776.

Siguiendo el orden de ilacion que me he propuesto en la exposicion de las doctrinas, no puedo hablar de Hume sin recordar á Locke como un antecedente necesario. Hume continuó la obra comenzada por Locke, y á fuerza de acicalar el principio empírico, llevándole á sus últimas consecuencias, le redujo al absurdo, descubriendo su falsedad.

Se recordará lo que dije en la exposicion del sistema de Locke. Este no reconoce otro origen de ideas que la experiencia, que subdivide en sensacion y reflexion. Por la sensacion percibimos los objetos sensibles, y por la reflexion las ideas que suministra el ejercicio de nuestras facultades, trabajando sobre los datos que nos da la sensacion; pero sin aumentarlos ni disminuirlos, y solo amalgamándolos y combinándolos. El alma es una tabla rasa, que no recibe otras ideas primitivas que las que le entran por los sentidos. Este es el último término de la filosofía de Locke. Con solo haber sentado esta base descartó todo un orden de ideas, todo lo que se llaman ideas absolutas, todas las concepciones puras de la razon y con ellas todo el mundo del infinito.

Reducido el hombre á no recibir otras ideas que las que le entraran por los sentidos, no puede salir el objeto de su conocimiento de los hechos individuales, porque los sentidos solo nos pueden dar á conocer hechos individuales y contingentes. El hombre queda entregado al mundo fenomenal, porque solo el mundo fenomenal es accesible á los sentidos, sin que la reflexion, que Locke reconoce como otro origen de ideas, pueda sacarle de este estrecho círculo, puesto que su trabajo ni aumenta ni dismi-

nuye las ideas, y solo combina, junta ó separa las suministradas por los sentidos. Y bien, si las ideas sensibles son el único origen de todos nuestros conocimientos, ¿qué es lo que nos dan á conocer estas ideas sensibles, segun Locke? Los sentidos ¿nos dan á conocer las sustancias? No, dice este filósofo; y lo que llamamos sustancias son ciertas colecciones de ideas simples, que constituyen esencias nominales. ¿Nos dan á conocer las cualidades primeras de los cuerpos, como el tamaño, figura, contextura y movimiento de las partes? No, dice Locke; porque de estas cualidades solo tenemos las ideas de estas cualidades, y el alma solo conoce estas ideas. ¿Nos dan á conocer las cualidades segundas, como el olor, el color, el sabor? No, dice el mismo; porque estas cualidades no son mas que modificaciones producidas en nosotros, es decir, son ideas puramente subjetivas.

De manera que Locke cierra al hombre toda salida al mundo del infinito, al mundo de las ideas abstractas y absolutas y le entrega entero al mundo fenomenal, al mundo de los sentidos corporales; y cuando le ve reducido á tan mezquinas proporciones, en vez de ensanchar esta base de conocimientos, por lo mismo que no reconoce otra, le va cercenando, y va probando que por este rumbo no puede salir de sus propias ideas, ni puede saber mas que lo que estas le den á conocer, porque ni conoce las sustancias ni las cualidades primeras de los cuerpos; y por consiguiente, no llega á saber si hay alguna cosa real en el mundo exterior que corresponda á esas ideas, ó si esas ideas son un trasunto real de los objetos exteriores que las motivan.

Este es el triste cuadro que presenta la filosofía de Locke. Reduce á uno solo el origen de las ideas primitivas, que es la sensacion; y cuando entra en la explicacion de este origen único, no encuentra cimiento para edificar en firme, y entrega al hombre á un idealismo absoluto, sin mas regla, sin mas guia, sin mas dato de certidumbre que las ideas simples suministradas por el mundo exterior, que entran por el agujero de la cámara y con-

templa en la cámara misma, sin saber si esas ideas corresponden á alguna realidad exterior. Así es que reduce todos los conocimientos á la comparación de ideas, porque solo la comparación de ideas puede tener lugar en un sistema que solo admite como elemento único del conocimiento ideas aisladas, ideas individuales, ideas simples, suministradas por los sentidos.

Hume se presentó como discípulo de Locke y adoptó sus principios; pero menos tímido ó mas lógico que su guía, los desenvolvió hasta sus últimas consecuencias, y presentó el esqueleto del sistema empírico. Segun acabamos de ver, Locke negó la autoridad de la razon, descartando todo el orden de verdades que nos viene por su conducto; conmovió la realidad de la percepción externa, reduciendo el conocimiento del mundo exterior á las puras ideas que entran en el alma por el canal de los sentidos; y en fin, conmovió tambien la realidad del sentido íntimo, haciendo á las ideas el objeto inmediato de nuestros conocimientos. Hume, siguiendo la ilacion de estas doctrinas dijo: «Si las ideas provienen de sola la observacion, no hay ni sustancias ni causas, porque sola la observacion nos da á conocer fenómenos que pasan. La observacion nos da á conocer las superficies; el fondo de las cosas se nos escapan. Si nuestros juicios, por otra parte, se reducen á la comparación de ideas, é ideas que suministra la observacion, se descubrirán entre un hecho y otro hecho ideas de concomitancia ó de sucesion; pero de ninguna manera las ideas de que el uno es efecto y el otro causa, y menos el juicio universal de que todo efecto supone una causa, y de que todo atributo supone un ser, porque se hace inconcebible cómo el alma puede llegar á descubrir relaciones absolutas, como son las de causa y efecto, la de atributo y ser, cuando la esfera de sus conocimientos se ve reducida á simples hechos fenomenales, suministrados por la observacion.» Lo mismo dice Hume con relacion á la percepción externa. Si la observacion y la experiencia son el único origen de nuestros conocimientos, y si la experiencia no nos da

á conocer las sustancias, y de las cualidades primeras de la materia solo tenemos ideas, ocultándonos la realidad, y las segundas cualidades no están en los cuerpos, sino en nosotros, nada hay que justifique la existencia de los cuerpos, y ningun inconveniente se presenta en negarlos, en la seguridad que nadie nos puede probar lo contrario. Nosotros, dice Hume, contemplamos las ideas de los cuerpos que entran en nuestro espíritu, porque es lo único que conocemos y podemos conocer; però si esas ideas corresponden á alguna realidad exterior, nadie lo sabe. Ensanchando esta teoria de las ideas, no solo ignoramos la existencia de los cuerpos, sino que sucede lo mismo respecto de los espíritus, puesto que el alma no puede salir de sus propias ideas, y no sabe si estas corresponden á alguna sustancia espiritual, y por lo tanto, la misma razon hay para negar la existencia de los espíritus; y Hume de hecho la negó, como negó la de los cuerpos, destruyendo de esta manera las revelaciones del sentido íntimo, que nos hace conocer nuestra unidad sustancial. Segun se ve, el escepticismo de este filósofo es universal y absoluto; destruye las concepciones puras de la razon y con ellas los principios de sustancia y de causalidad; destruye la percepcion externa y con ella la existencia de los cuerpos, y destruye las convicciones del sentido íntimo y con ellas la existencia de los espíritus, y de esta manera arruina todas las creencias del género humano, sin quedar en pie una sola realidad, ni el mundo, ni el alma, ni Dios.

Este es el conjunto de la filosofía de Hume. El mérito de este filósofo, en medio de sus extravíos, es el haber separado de sus indagaciones filosóficas toda hipótesis fisiológica en el conocimiento del espíritu humano y su union con el cuerpo; y al rebatirle no se encuentran las extravagancias que en este sentido han ocupado nuestra atencion en la exposicion del sistema de Hartley. Por el contrario, en su *Tratado*, y mas aun en los *Ensayos*, hace una felicísima aplicacion del análisis metafísico á las cuestiones

relativas al gusto, á la filosofía de la jurisprudencia y á la teoría de los gobiernos. Se hizo notable por la pureza, precision y elegancia de su diccion, y los muchos filósofos que le rebatieron, imitándole, mejoraron su estilo y perfeccionaron el lenguaje. Pero su mérito principal consiste en que su escepticismo ha puesto en claro las terribles consecuencias á que conduce el sistema empírico; y en este sentido ha hecho un servicio eminente á la filosofía, siendo admirable como, viendo la sima que abria á sus pies, no conoció la falsedad de los datos sobre que cimentaba su teoría. Pero si Hume no lo hizo, otros filósofos que vinieron despues desempeñaron afortunadamente esta tarea. Descendamos, pues, á algunos detalles para dar mas á conocer su escepticismo.

«Es evidente, dice Hume en su *Tratado*, que todas las ciencias tienen una relacion mas ó menos directa con la naturaleza humana, y por mas que en ocasiones parezcan separarse, siempre se rozan con ella en algun punto. Las matemáticas, las ciencias naturales y la religion natural misma dependen hasta cierto punto de la ciencia del hombre, puesto que tales ciencias son objeto de conocimientos, y que el hombre las valora con el auxilio de sus facultades. Si, pues, las matemáticas, las ciencias naturales y la religion natural están tan estrechamente ligadas con el estudio del hombre ¿qué deberá suceder con las demás ciencias, cuya conexion con la naturaleza humana es mas estrecha y mas íntima? El único objeto de la lógica es explicar los principios y las operaciones de nuestra razon, asi como la naturaleza de nuestras ideas; la moral y la crítica se ocupan de nuestros gustos y de nuestros sentimientos, y la política considera los hombres como unidos en sociedad y dependientes los unos de los otros. El único medio de que podamos arribar á algun resultado favorable en nuestras indagaciones filosóficas es, pues, abandonar el largo y fatigoso método que hemos seguido hasta ahora, y en lugar de contentarnos con tomar de tiempo en tiempo un castillo ó una ciudad sobre

la frontera, debemos marchar línea recta á la capital ó al centro de estas ciencias, es decir, lanzarnos en el estudio de la misma naturaleza humana. Una vez dueños de este punto nos seria fácil asegurar la victoria en todas direcciones. Situados en él podríamos extender nuestras conquistas sobre todas las ciencias que tienen un enlace mas íntimo con la vida humana, y en seguida podríamos con anchura continuar nuestros descubrimientos con mas universalidad sobre los objetos que solo son de pura curiosidad. No hay cuestion de alguna importancia cuya solucion no esté comprendida en la ciencia del hombre; no hay ninguna que pueda resolverse con seguridad sin poseerse bien antes esta ciencia.

»Por consiguiente, si arribamos á dar la explicacion de la naturaleza humana, de hecho proponemos un sistema completo de las ciencias, fundado sobre una base enteramente nueva, y que es la única sobre la que se pueda construir un sistema con alguna garantía.»

Al hacer Hume este anuncio, se puso en el verdadero camino de la ciencia. El hombre debe comenzar por el estudio del hombre, y cuando se conozca á sí mismo y sepa el carácter, valor y extension de sus poderes racionales, entónces es cuando, auxiliado de instrumentos que conoce, puede hacer sus incursiones sobre los dos mundos, el mundo de los espíritus y el mundo de los cuerpos, porque para eso le colocó Dios en los confines de ambos, y solo así se puede prometer verdadero progreso en el conocimiento de las ciencias, por ser este el único camino de los descubrimientos. Hume advirtió esta necesidad, y la proclama en el ingreso de su *Tratado*, segun vemos; pero no llenó su programa, y todo el vicio de su sistema está en la explicacion infiel que hizo de la naturaleza humana.

Todos los objetos de nuestros conocimientos, segun Hume, se dividen en dos clases: *impresiones é ideas*. Las impresiones comprenden nuestras sensaciones y percepciones de las cualidades

sensibles. Las ideas comprenden los objetos de nuestros pensamientos por medio del uso que hacemos de alguna de nuestras facultades intelectuales sobre las cosas presentes, pasadas ó futuras. Estas ideas son *copias* de las impresiones, y las palabras que se dan á las ideas son los signos, en los que debe fijarse la consideración de los filósofos, puesto que las impresiones que las causan son de suyo indeterminadas é ilusorias. Las impresiones, segun se ve, son las que en el sistema de Hume suministran mediata ó inmediatamente todos los materiales sobre los que trabajan nuestros pensamientos. Ninguna diferencia hay entre esta doctrina y la de Condillac. Es un verdadero sensualismo.

Pero Hume creyó, que para su propósito no bastaba sentar este principio tomado del sistema empírico; y así, se fué en busca de otro principio tomado de un sistema idealista, que le condujera al mismo término. Para ello recurrió al sistema cartesiano, el cual, descansando en la duda metódica, habia conmovido toda certidumbre, en términos que la existencia del mundo exterior descansaba, segun Descartes, en el poco filosófico argumento de la veracidad divina. La teoría de la vision en Dios de Mallebranche, fiel discípulo de Descartes, prueba las opiniones de esta escuela sobre la existencia y la realidad de los cuerpos. Locke habia tambien amalgamado esta doctrina cartesiana sobre la existencia del mundo exterior con el principio fundamental del empirismo; pero lo hizo con el objeto de concordarlos y no de descubrir las consecuencias escépticas que encierran. Hume, todo lo contrario, sentó el principio de ser las impresiones el origen único de todas nuestras ideas, y recurrió en seguida á la teoría de las ideas representativas ó á la teoría de ser las representaciones ó imágenes de las impresiones los únicos objetos sobre que trabaja el alma, sin saber si estas imágenes corresponden á alguna realidad exterior. De manera que Hume tomó del sistema empírico la base de su escepticismo, y la combinó con la parte mas flaca del sistema cartesiano, para presentar un conjunto que abrazára el

empirismo como el idealismo, ó lo que es lo mismo, todo el campo de la filosofía.

Pero mas aun, los cartesianos pudieron dudar de la existencia del mundo exterior, teniendo que recurrir á pruebas metafísicas, por no hallar pruebas sensibles que la justificaran; pero en punto á la existencia personal, á la existencia del Yo, fué para ellos una verdad incontestable, en términos que el mismo Descartes, para construir sobre arcilla y roca, como él decia, sentó aquella máxima: «Pienso, luego existo,» como verdadero cimiento de toda certidumbre. Pues bien, Hume, resuelto á no dejar nada en pié, para derribar este muro, que á los ojos de los cartesianos era invencible, aplicó con maña el principio empírico de ser las impresiones único origen de ideas, y ser las ideas puras imágenes de impresiones; y haciendo así á las impresiones é ideas único objeto de la conciencia, ó lo que es lo mismo, no encontrando la conciencia en el interior del sér mas que fenómenos, no tuvo reparo en negar la unidad sustancial, el principio pensador, el yo-sustancia; y de esta manera atacó en su base el principio de causalidad y de sustancia, y creó un escepticismo absoluto, universal, por el que desaparecieron todas las existencias, todas las realidades, los cuerpos como los espíritus, el Criador como las criaturas, el espiritualismo como el materialismo.

Si Hume desconoció en el Yo el carácter de causa, con mas razon desconoció el principio de causalidad en la naturaleza. «Nosotros, decia Hume, nos representamos la causalidad como una relacion, una síntesis necesaria entre el objeto-causa y el objeto-efecto;» de tal manera, que una vez dado el primero, el segundo no puede menos de suceder. ¿Cómo se justifica está síntesis y el carácter de universalidad que la atribuimos? Esto es lo que nadie puede decir. Todos nuestros conocimientos salen de la experiencia, y el carácter de la experiencia consiste en ser eminentemente accidental, contingente y sin ningun carácter de universalidad y necesidad. La causalidad, esta disposicion de

nuestro espíritu, que nos lleva á establecer entre dos cosas la relacion de causa y de efecto, no es mas en definitiva que un producto de nuestra propia imaginacion; es obra del hábito, de este principio, dice Hume, tan admirable y tan necesario para conservar nuestra especie, así como para arreglar nuestra conducta. Nada prueba que esta relacion de causa y efecto tenga realmente una existencia efectiva fuera de nosotros. Nada hay que nos asegure de que nuestras ideas corresponden á ninguna realidad exterior, y todos nuestros conocimientos se reducen á asociaciones de ideas, cuyas clases, segun este filósofo, son las de semejanza, de contigüidad, de tiempo y de lugar, y de causalidad en el sentido particular que él lo toma. Además, todos los fenómenos que la naturaleza nos presenta en este espectáculo están tan estrechamente ligados entre sí, que es muy difícil asignar á ninguno de ellos una causa determinada; y como las causas, conforme á la idea misma que tenemos de la causalidad, dependen necesariamente las unas de las otras y forman entre sí una cadena no interrumpida, no es posible conocer una sin conocerlas todas á un mismo tiempo, lo que no es dado conseguir á nuestra débil inteligencia. Hume sigue discurriendo, y arrastrado por una lógica tan inflexible como funesta, destruye todas las bases de la ciencia, porque, destruido el principio de causalidad, no quedan mas que impresiones confusas y fugitivas; no queda mas que el caos, en el que ni el orden, ni el pensamiento, ni Dios mismo se hacen concebibles. Ningun filósofo ha hecho ver con mayor evidencia los estravíos á que conduce un falso principio cuando se le hace creador de un sistema.

Hume conoció perfectamente que para destruir el principio de causalidad era preciso destruir antes la unidad sustancial del yo, reconocida por los cartesianos, porque la razon no podria darnos el principio de causalidad, si la conciencia no descubriera en las profundidades de nuestro ser la idea de causa, la idea de un principio activo, que obra por un impulso propio, un principio qui

conatum involvit, como decia Leibnitz. Hume, no reconociendo otro origen de ideas que las impresiones, y haciendo á las ideas imágenes de las impresiones mismas, tiene razon en sostener que la noción de causa nos es absolutamente desconocida. ¿Qué es lo que nos dan á conocer esas impresiones que vienen del mundo exterior y que se suponen origen de todos nuestros conocimientos? Fenómenos que se suceden en un cierto orden, que nos dan ideas de sucesion y de contigüidad, un fenómeno que sucede á otro fenómeno y nada mas; pero que con el solo auxilio de los sentidos es un imposible descubrir el lazo que los une, la fuerza misteriosa que hace á uno causa y á otro efecto. Las impresiones producidas en los sentidos no salen del estrecho círculo de los hechos aislados y contingentes, únicos elementos que se encierran en el mundo material, y que son objeto de la filosofía natural.

Es cierto que las ciencias naturales aunque limitadas al estudio de los fenómenos sensibles, descubren leyes, como la gravitacion y otras semejantes; pero téngase muy presente que estas leyes, que descubren los que se consagran al estudio de estas ciencias por medio de la induccion, no salen de la condicion de leyes ó reglas por medio de las cuales obran las causas eficientes, y de ninguna manera son las causas eficientes mismas. La observacion y la experiencia de los hechos sensibles están sujetas á este estrecho círculo de fenómenos y leyes ó reglas por las que se producen y realizan, y nada mas; si bien esas leyes, esas reglas, á que están sometidos los fenómenos, suponen la existencia de las causas eficientes y de las verdades absolutas y necesarias, que sirven de nudo de todo lo mudable y contingente, y que de no ser así, el mundo sería un caos, y el estudio de la naturaleza un imposible; pero que esas causas eficientes, esas verdades necesarias, entre las que aparece como principal el principio de causalidad, no son objeto de las ciencias naturales, sino de las ciencias metafísicas; no son obra de la observacion sensible ni de la experiencia, sino que lo son de la inteli-

gencia pura; no es la sensacion la facultad que tenemos para adquirir las, sino que lo es la razon intuitiva que se lanza en el infinito. Bien conoció Hume que estos hechos aislados, estos fenómenos descansan en un fundamento racional, que son las causas eficientes que obran por medio de leyes constantes; y por esta razon creyó que si habia de cimentar en firme su escepticismo, debia combatir ese fundamento racional, ó lo que es lo mismo, el principio de causalidad sobre que descansa el orden y armonía del universo.

Si la experiencia sensible, ó por mejor decir, si el hábito, como quiere Hume, que es un acto de la experiencia, no nos sujete la idea de causa, ¿adónde recurriremos para descubrirla? A la experiencia psicológica, á la conciencia. Esta nos dice que nosotros no somos séres pasivos, que somos autores de nuestras propias modificaciones, que en el interior de nuestro ser sentimos una fuerza que crea pensamientos y voliciones, que su poder no se encierra en sí misma, sino que mueve, modifica y dirige los movimientos del cuerpo; y en fin, que se considera una causa, que tiene en sí misma su razon de obrar. Este esfuerzo, ya débil, ya enérgico, nacido de un acto libre de la voluntad, y que se manifiesta por la atencion y el movimiento muscular, es un principio activo, que corresponde á una existencia real y que constituye una verdadera causa. Y ¿cómo sabemos, dice Hume, que la volicion es causa del movimiento muscular, cuando ignoramos como obra el espíritu sobre el cuerpo, cuando es para nosotros un misterio impenetrable el comercio de las dos sustancias entre sí? Cierto que ignoramos como estas sustancias de tan distinta naturaleza influyen entre sí. Pero porque ignoremos como el alma influye sobre el cuerpo, ¿habremos de negar un hecho atestado por el sentido íntimo y por la conciencia del género humano? Yo muevo mi brazo, porque mi voluntad quiere moverle. Y porque ignore como se verifica esta influencia, ¿negaré que el movimiento del brazo es producto de mi volicion, como un efecto

lo es de la causa que lo produce, cuando veo que está absolutamente en mi arbitrio moverle, suspender el movimiento, continuarle y volverle á mover sin otra regla que mi omnipotente voluntad? Y si nos encerramos en las profundidades de nuestro ser, y no salimos, por consiguiente, del terreno de las puras voliciones, sin necesidad de tocar á la cuestion del comercio del alma con el cuerpo, ¿qué responde Hume cuando se ve á este principio activo, que nos anima, camppear absolutamente en el libre ejercicio de sus pensamientos y voliciones, y reconocerse á sí mismo responsable de sus actos por la mas íntima conviccion de su alma?

Pero no basta que la conciencia nos dé la noción de causa, porque la noción de causa que nos da la conciencia no es mas que un hecho de la experiencia psicológica, y un hecho de experiencia, por mas extension que quiera dársele, nunca sale de la esfera de los hechos; y entre esta noción de causa y el principio de causalidad que se extiende á todas las existencias, á todos los fenómenos, al espacio y la eternidad, hay un abismo, como le hay entre los hechos y los principios absolutos y necesarios. La conciencia nos dice que somos una causa, y por mas que, valiéndonos de la induccion, queramos generalizar este hecho puramente psicológico, jamás podremos cambiar su naturaleza, convirtiéndole de un hecho puramente personal y contingente en una idea universal y necesaria. Y ¿qué facultad nos da á conocer el principio de causalidad ó esta concepcion, de que todo fenómeno que comienza á existir tiene una causa? ¿Quién nos suministra esta creencia tan arraigada en la inteligencia humana y tan accesible, que se tiene por una verdad del sentido comun? La razon, pero no como la define Hume, que la reduce á un instinto superior perfeccionado por la educacion, sino la razon, facultad de lo absoluto, superior á la experiencia sensible y á la experiencia psicológica, y que, con ocasion de los fenómenos que presenta la una y de la noción de causa que presenta la otra, nos descubre la

relacion general que liga los efectos con las causas, ó el principio de causalidad como una verdad eterna, necesaria, absoluta, que viene como todas las concepciones *à priori* de las regiones altas, donde solo reina la inteligencia, que es objeto de la alta metafísica. La razon sola es la que nos revela el encadenamiento de causas y de efectos en el cúmulo y variacion infinita de los fenómenos que pueblan el universo. Ahora se ve en claro el vicio capital del sistema de Hume sobre el principio de causalidad. La experiencia sensible nos da los hechos, nos da los fenómenos; la experiencia psicológica nos da la noción de causa en el estudio de nosotros mismos por medio de la conciencia; y la razon nos da el principio de causalidad como una concepcion pura de la razon misma. Pues bien, para Hume, que no reconoció otro origen de ideas que la experiencia sensible, era un imposible que encontrara en ella lo que ella no puede dar; era imposible que encontrara la noción de causa y el principio de causalidad; y no encontrándolos, se cerró en una negativa absoluta, como era consiguiente, precipitándose en un escepticismo lamentable y funesto, nacido todo del análisis infiel que hizo de nuestra naturaleza.

Hume no se presenta en cuestiones morales tan escéptico como en metafísica, lo que nos sugiere algunas reflexiones. Del principio del empirismo vimos antes á Broussais deducir el materialismo, y no el fatalismo ni el escepticismo, cuando todas tres consecuencias se encierran en él. Hemos visto á Hartley deducir del mismo principio el fatalismo, y no el materialismo ni el escepticismo, incurriendo en la misma contradiccion. Ahora veremos á Hume deducir el escepticismo, y si se quiere el materialismo, y no admitir el fatalismo, cuando es una consecuencia forzosa de su doctrina. En efecto, si Hume no reconoce otro origen de ideas que las impresiones ó la experiencia sensible, y el alma solo descubre fenómenos si consulta el mundo exterior, y fenómenos si consulta su conciencia, porque el mundo exterior solo le da impresiones, y el mundo interior solo ideas, que son imá-

genes de aquellas impresiones, sin descubrir ni sustancias ni causas, es claro, que no reconociendo ni el yo sustancial, ni el yo causa, precisamente queda reducido el hombre á un ente puramente fenomenal, entregado á la combinacion caprichosa de las impresiones é ideas, sin un principio, sin una causa que las dirija; y donde no se descubre una causa eficiente, es un absurdo y un contrasentido indagar si es libre ó no es libre; y en este caso todo cuanto acontece al hombre debe suponerse nacido de un fatalismo irremediable. Este es el resultado forzoso que arroja de sí la doctrina de Hume; y sin embargo de aparecer tan clara y tan patente, no presumió este filósofo de fatalista, y antes bien las ciencias morales fueron objeto especial de sus estudios, prescribiendo reglas de conducta á séres que en este mismo hecho se supone libres, sin advertir que su doctrina en este punto está en contradiccion con su metafísica.

Y en medio de su escepticismo absoluto, ¿reconoce Hume algun principio moral? Si, le reconoce; pero se resiente del vicio capital de su doctrina. Locke, segun vimos, hace derivar todas nuestras ideas primitivas y originales de la sensacion, trabajando la reflexion sobre las que la sensacion suministra; y en este caso, las únicas ideas de bien y de mal accesibles á la experiencia son las sensaciones de placer y dolor; y por lo tanto se llamarán acciones buenas las que producen placer, y acciones malas las que producen pena. De manera que, segun este sistema, el principio moral ó las ideas de bien moral y mal moral están en la sensibilidad, y como la sensibilidad está en nosotros, porque nuestras sensaciones no son mas que nuestras mismas modificaciones, y que mudan ellas si nosotros mudamos, ó desaparecen si nosotros desaparecemos, es claro que Locke y todos los que han buscado el principio moral en la sensibilidad y no en la inteligencia, han destruido el carácter de inmutabilidad que tienen y deben de tener las ideas de bien y de mal moral. Asi sucedió á Hume, porque tenia que sucederle ó renunciaba á su sistema. Sin embargo,

Hume, tan lógico como se presentó en la exposicion del sistema empírico, no queriendo retroceder á la vista de la sima que abria con su escepticismo, no quiso ser tan riguroso en punto á las doctrinas morales. La doctrina de Locke, segun se ve, conducé directamente á la moral del placer, al interés bien entendido, á la moral epicúrea, al bien personal. Pues bien, Hume, sin salir del circulo de la sensibilidad, puso como objeto del principio moral, no el interés personal, que repugnaba á sus sentimientos, sino el interés público, y supone ser causa de este impulso hácia el bien público un sentimiento primitivo de nuestra naturaleza, que nos hace preferir como instintivamente lo útil á lo dañoso, en la misma forma que gustamos de lo dulce y huimos de lo amargo. De manera que, segun Hume, la utilidad nos afecta instintivamente, y este instinto, como no puede ser obra de los sentidos corporales, que no nos dan ni pueden darnos las ideas de bien y de mal moral, y solo las pueden dar de bien y de mal físicos, Hume, lo mismo que habia hecho antes Hutcheson, inventó un nuevo sentido que suministrara esta clase de ideas, que llamó sentido moral, conciencia, humanidad; y de este modo, acomodando la naturaleza á su sistema y no su sistema á la naturaleza, creyó dar una explicacion satisfactoria de que todas nuestras ideas, incluso las ideas morales, vienen por los sentidos, y que si las cualidades de bien y de mal que se notan en las acciones no son visibles ni tangibles á los sentidos, son perceptibles á un sentido especial, que se llama sentido moral, como hemos dicho; y de esta manera nada sale del campo de la sensibilidad, y el hombre entero es hijo de la sensacion.

Toda esta teoría de Hume es falsa absolutamente y es destructora del principio de moralidad que quiere sostener. Si las ideas de bien y de mal moral entraran en el alma por un sentido, llámese como quiera, estas ideas dependerian de la organizacion, serian ideas enteramente relativas, como lo son lo dulce y lo amargo; y en este caso, la ingratitud, por ejemplo, seria para

uno una idea buena, y para otro una idea mala, como un mismo manjar es agradable á uno y desagradable á otro, segun la respectiva organizacion; y de esta manera desaparecería la eterna inmutabilidad de las distinciones morales y con ella la idea severa y desinteresada del deber. Tampoco el bien público es ni puede ser objeto del principio moral, cuando no reconoce una pauta fija, eterna, permanente, que haga conocer los precipicios á que puede conducir esta palabra. Lo cierto es que la historia nos presenta innumerables extravíos y horribles crímenes, cometidos á la sombra del bien público, cuando se le ha tomado por única guia de conducta; y los comités de seguridad pública en la revolución francesa son una prueba viva de esta verdad. El principio de moralidad, ó lo que es lo mismo, la idea de bien moral y de mal moral no están sometidas á la constitucion de nuestros sentidos, porque no dependen de la sensibilidad; el bien y el mal moral son cualidades reales de las acciones, que no son visibles ni sensibles á nuestros sentidos, sino que son inteligibles por la razon. Con ocasion de las acciones se despiertan en nuestra alma las ideas de bien y de mal moral como concepciones puras de la razon, que reconocen como tipo, lo mismo que las demás concepciones de esta clase, los atributos de Dios, fuente de lo bueno, como lo es de lo verdadero y de lo bello, y cuyas irradiaciones constituyen estas aspiraciones al infinito, que revelan la grandeza de nuestro ser.

«Sentáos, dice el malogrado y profundo Balmes, á la orilla del mar en una playa solitaria; escuchad el sordo mugido de las olas que se estrellan bajo vuestros pies, ó el silbido de los vientos que las agitan con la vista fija en aquella inmensidad; mirad la línea azulada que une la bóveda del cielo con las aguas del Océano; colocaos en una vasta y desierta llanura ó en el corazon de un bosque de árboles seculares; en el silencio de la noche contemplad el firmamento sembrado de astros, que siguen tranquilamente su carrera como la siguieron muchos siglos antes,

como la seguirán siglos despues ; sin esfuerzo, sin trabajo de ninguna clase, abandonaos á los movimientos espontáneos de vuestra alma, y vereis cómo brotan en ella sentimientos que la conmueven hondamente, que la levantan sobre sí misma, y como que la absorben en la inmensidad. Su individualidad desaparece á sus propios ojos ; siente la armonía que preside al conjunto inmenso de que forma una pequenísima parte ; en aquellos momentos solemnes es cuando él canta inspirado las grandezas de la creacion y levanta una punta del velo que cubre á los ojos de los mortales el esplendente solio del supremo Hacedor. Aquel sentimiento grave, profundo, calmoso, que se apodera de nosotros en ocasiones semejantes , nada tiene de relativo á objetos individuales ; es una expansion del alma, que se abre al contacto de la naturaleza, como la flor de la mañana á los rayos del sol ; es una atraccion divina con que el autor de todo lo criado nos levanta de este monton de polvo en que nos arrastramos por breves dias. Asi se armonizan el entendimiento y el corazon ; así este presiente lo que aquel conoce ; así se nos avisa por diferentes caminos que no creamos limitado el ejercicio de nuestras facultades á la estrecha órbita que se nos ha concedido sobre la tierra ; guardémonos de helar el corazon con el frio de la insensibilidad y de apagar la antorcha del entendimiento con el desolante soplo del escepticismo.»
